

EL HOMBRECITO VERDE

NOEL LOOMIS

EL hombrecito verde de cejas color de rosa y cola de pavo real apareció sobre el escabel de porcelana del laboratorio químico.

—Te lo advierto por última vez—le dijo a Engar—. Si tus compañeros terrestres no se llevan esta estación de Ikano en el plazo de tres días, voy a tomar medidas.

Hablaba con sonidos sibilantes parecidos a los de un pájaro, y su aspecto era tan raro, que Engar no había conseguido nunca librarse del todo de la sensación de que aquel ser era irreal. Ahora, sin embargo...

Normalmente, los ojos dorados del hombrecito eran suaves y amables y estaban de acuerdo con su aspecto general; pero en aquel momento, el hombrecito estaba furioso. Sus ojos dorados ardían con un extraño fuego que provocó en Engar una sensación de malestar. Desde luego, el hombrecito no podía hacer nada para lastimar a los terrestres. Pero, parecía tan seguro de sí mismo...

Engar, sentado en su taburete de cromo con el aparato de grabación ante sí, contemplaba, las reacciones de las muestras de tierra sumergidas en un baño de resinas sintéticas. Se removió ligeramente sobre el taburete, tomando nota mental de que la columna número tres estaba casi a punto para ser decantada; no debía permitir que el hombrecito le distrajera, ya que aquella decantación sería presodimio químicamente puro el fin hacia el cual habían tendido durante semanas enteras.

—Temo—dijo el hombrecito, y su voz sibilante se hizo una octava más aguda— que no prestas la debida atención a mis palabras.

—Te equivocas—replicó Engar, contemplando el anillo color salmón que empezaba a formarse cerca del fondo de la columna. Levantó la mirada hacia el hombrecito y empezó a formular protestas de amistad, pero la luz de aquellos ojos dorados era demasiado intensa para él; tuvo que apartar la mirada—. Te escucho —dijo—. Pero, después de todo, no soy más que un técnico de laboratorio.

—Técnicamente —dijo el uraniano—, estás diciendo la verdad; pero, moralmente, eludes el hecho de que eres un tipo de hombre muy desarrollado para ser un terrestre.

Engar era un joven orgulloso y modesto al mismo tiempo. No respondió, limitándose a observar la columna número tres con su anillo color salmón, cada vez más visible.

—Es evidente para cualquiera que la Tierra ha enviado a este planeta a sus mejores científicos—insistió el hombrecito.

—Eso puede ser cierto —convino Engar—. Pero sigue siendo un hecho que en realidad no soy más que un obrero de la estación.

—Tienes un jefe, ¿no es cierto?

—Sí —respondió Engar, viendo ahora, en vez de la columna, el rostro ovalado de Corinne Madison, con sus cabellos negros y su cutis blanco y sus constantes tentativas para mostrarse como una mujer de negocios, disimulando su femineidad. Una mirada a Corinne le bastaba a cualquiera para comprender lo que perdía en el cambio... y Engar le había dirigido aquella mirada—. Pero mi jefe no tiene autoridad para dismantelar esta instalación.

—Entonces, alguien de la Tierra debe tenerla —dijo el hombrecito, y su insistencia empezaba resultar enojosa.

Repentinamente, Engar deseó que se marchara; era ridículo que un ser semejante se permitiera lanzar amenazas. Después de todo, la Tierra había alcanzado un desarrollo

tecnológico muy superior a cualquiera que pudiera encontrarse en el Sistema Solar. Desde luego, existían individuos —y unas cuantas especies en algunos planetas— que poseían poderes personales fuera de lo corriente; pero, en conjunto, no significaban nada comparados con los recursos combinados de la tecnología de la Tierra. Por un instante, Engar se sintió tentado de mandar al diablo al hombrecito; pero recordó que estaban obligados a mostrarse corteses con todo el mundo, en cualesquiera circunstancias.

Dijo:

—Muy bien. Transmitiré tu mensaje a la Tierra.

La voz del hombrecito volvió a su tono normal.

—Mañana vendré—dijo.

Engar estaba a punto de pulsar el botón que pondría en movimiento al decantador.

—Vuestro día—observó—tiene menos de once horas, y un mensaje por microonda a la Tierra tardará alrededor de tres horas en llegar. Dos mil millones de millas es una larga distancia, y...

—¡Seis horas para la comunicación! —exclamó el hombrecito, y añadió—: De todos modos, hasta mañana queda mucho tiempo.

—En la Tierra tendrán que meditar su respuesta—puntualizó Engar.

Los dorados ojos del hombrecito resplandecieron de nuevo con un brillo que hirió a Engar.

—¿Os llamáis a vosotros mismos una raza de seres inteligentes. ¿Acaso vuestras poderosas mentes necesitan días enteros para tomar una decisión?

Era evidente que el uraniano, que vivía en una parte del planeta poblada por muy pocos habitantes—caso de haberlos—, no podía comprender cómo se hacían las cosas en la Tierra, donde tenían que convocarse conferencias a las cuales debían asistir hombres de todas las regiones del mundo para decidir en una cuestión de tanta importancia. Por otra parte, no era probable que la Tierra, después de invertir veinte años y varios miles de millones de dólares en la preparación de aquella labor, decidiera retirar sus instalaciones de Urano a petición de un hombrecito verde. De hecho, Engar estaba convencido de que el director de la estación ni siquiera se molestaría en transmitir el mensaje a la Tierra.

Había otro factor a considerar: las columnas de transformación de iones representaban para Engar Jarvin la obra de toda una vida. Era especialista en la transformación de iones; había estudiado exhaustivamente la materia, y por eso le habían destinado a la estación de Urano. Las enormes columnas de centenares de pies de altura, con sus cargas de diez mil galones que duraban semanas enteras, eran las niñas de sus ojos, no podía marcharse y abandonarlas. Y existía otro factor personal: ¿cómo podría continuar su carrera en la Tierra, si abandonaba esta estación sin ningún motivo justificable? Los científicos de la Tierra no aceptarían nunca su historia del hombrecito verde... y nadie más había visto al uraniano. No, en la Tierra se mostrarían muy corteses, pero en sus reuniones dirían, en tono casual: "Engar Jarvin sufrió una conmoción mental en Urano. Lástima. Tenía una gran carrera por delante".

Engar respiró profundamente. Lo que tenía que hacer era librarse del hombrecito sin enfurecerle. Simpatizaba con aquel diminuto ser; había simpatizado con él desde el primer día en que apareció en el laboratorio, surgido de ninguna parte para hacerle preguntas; Engar las había contestado cortésmente porque, después de todo, el hombrecito era un habitante del gran planeta y los terrestres podían ser considerados unos intrusos.

La célula de selenio parpadeó una advertencia, y Engar puso el decantador en marcha. Luego miró al hombrecito.

—¿Quién debo decir que exige nuestra... ejem... retirada de Urano?—preguntó.

—Nolos.

—Sería muy interesante—sugirió Engar —que pudiera decir que representas a algún grupo importante de uranianos.

Nolos empezó a enojarse.

—Naturalmente, no puedo representar a los Arañas que viven en la zona cálida; puedes decir que represento al Cinturón Frío de Urano.

—¿Y a cuántos ciudadanos?

—A cinco, en total.

—¿Has dicho cinco?

—Cinco.

Engar suspiró. Toda comprensión entre ellos era imposible. ¡Cinco contra cinco mil millones!

—Transmitiré tu mensaje a mi jefe—dijo.

Nolos pareció ablandarse.

—Volveré dentro de tres días—anunció. Y añadió—: En este período de tiempo, la persona más estúpida de los diez planetas puede haber llegado a una decisión.

La decantación había empezado. Engar contempló unos instantes el líquido de color salmón que brotaba de la espita situada en la base de la columna. Luego, intrigado, miró a Nolos. ¿Cómo sabía Nolos que había diez planetas? Se encontraban en el año 2402, y Stygia había sido descubierto hacía menos de cincuenta años; Engar tenía la seguridad de que el hombrecito no había tenido ningún contacto con seres humanos hasta que él mismo había llegado con la primera carga de material para instalar la estación en Urano.

El terrestre recordaba las preocupaciones que le causó la comprobación del material, moviéndose a través de la atmósfera de metano de Urano con la cabeza cubierta con un globo de plástico; temiendo casi constantemente que apareciera la lucecita roja en sus señalizadores para indicarle que su potencia calefactora había desaparecido... ya que la temperatura de Urano en la superficie era casi de doscientos grados bajo cero. Hacía tanto frío, que todo el amoníaco de la atmósfera de Urano se había helado, solidificándose, hacía muchísimo tiempo; si el suministro de energía de un traje térmico se agotaba, lo mejor que podía hacer un hombre era correr a toda la velocidad de sus piernas hacia la cúpula.

Un obrero había visto la lucecita roja, pero había terminado de levantar una paletada de tierra-amoníaco helado—y luego echó a andar hacia la cúpula. No había llegado a ella; se había quedado a menos de cincuenta pies de distancia, pero cuando salieron a recogerle era como una estatua de piedra, sólo que menos pesada.

Urano tenía algo bueno: aunque su diámetro era cinco veces mayor que el de la Tierra, su densidad era considerablemente menor; y, debido a su tamaño, la fuerza de gravedad en la superficie era casi igual a la de la Tierra.

Engar recordaba cómo habían colocado el cadáver en la bodega exterior de una de las naves de carga para su traslado a la Tierra. Un largo viaje, tratándose de un cadáver; pero había otro factor a tener en cuenta: el hombre tenía una familia. Además, las naves tenían que regresar de vacío.

Había contemplado el llameante rastro de los cohetes en su arco transorbital—un sendero de espumeantes llamas rojas y amarillas a través de la atmósfera verde mar —, y se había preguntado cuántos hombres regresarían a la Tierra del mismo modo. Cuando todos los demás se habían acostado, se quedó sentado en un rincón de la cúpula, con el diario de navegación en su regazo; y en aquel momento se había presentado el hombrecito verde, surgido de ninguna parte. Estaba en pie junto a la puerta de plástico de la cúpula, muy brillantes sus ojos dorados, y Engar se preguntó cómo habría llegado

hasta allí a través del frío. La cola de pavo real se extendió en abanico y el hombrecito dijo:

—¿Qué estás haciendo aquí?

Engar quedó sorprendido, ya que los informes de los exploradores indicaban que no existían seres vivientes en Urano, excepto las grandes Arañas que habitaban en la única zona templada del planeta..., una zona que se encontraba a cincuenta mil millas de distancia, cerca del polo que apuntaba siempre hacia el Sol. Engar examinó al hombrecito sin revelar una curiosidad que pudiera parecer descortés, y observó el color verde mar de su piel, el rosado de sus cejas y el sonido sibilante de su lenguaje. Había notado, con sorpresa, que el hombrecito se había dirigido a él en un idioma terrestre. Luego recordó que el hombrecito le había hecho una pregunta.—La Tierra se ha visto obligada a ir a otros planetas en busca de ciertos elementos—dijo Engar—. Y da la casualidad de que Urano es especialmente rico en algunos de ellos.

—¿En cuáles?

—En todas las tierras raras... y de un modo especial en presodimio .

—¿Qué utilidad tiene el presodimio para vosotros?

—Con sus moléculas adecuadamente alineadas mediante la aplicación de corriente de voltaje y frecuencia muy elevados, y aleado con otros elementos, forma una sustancia que actúa como un escudo antigraavedad.

—¿Por qué necesitáis protegeros de la gravedad? —preguntó el hombrecito.

—Para poder ir a otros planetas, por ejemplo.

El hombrecito pareció disgustado.

—Necesitáis presodimio... para ir a otros planetas en busca de más presodimio, ¿no es eso?

—Expresado de ese modo, parece una supersimplificación —dijo Engar.

—Estoy empezando a preguntarme—replicó el hombrecito—si hay alguna cosa que pueda simplificarse demasiado para la mente de un terrestre.

Pero Engar puntualizó.

—Yo no soy responsable de las fuerzas que mueven a los terrestres; son como son, y siempre han actuado del mismo modo.

—Esa —dijo el hombrecito— es la primera afirmación sensata que has hecho.

Engar mantuvo un discreto silencio.

El hombrecito agitó su cola un par de veces. Luego dijo:

—No sé si va a gustarme este asunto. Veremos.

Después de aquella volvió a aparecer varias veces... y siempre cuando Engar estaba solo. Hablaba en términos generales, pero siempre con aquel aire de condescendencia que resultaba tan enojoso porque..., bueno, quizás porque parecía justificado. Y de cuando en cuando formulaba unas preguntas muy agudas..., especialmente cuando las altas columnas de transformación de iones ascendían; y, o bien sabía de lo que estaba hablando Engar, o no tenía la menor idea ya que no insistía en el tema de la transformación de iones. Parecía más interesado en los terrestres como individuos. ~, Apareció varias veces, y había varias cosas que no le gustaban: las enormes excavadoras que mordían el suelo de amoníaco helado de Urano para extraer los minerales que se encontraban debajo; las naves-cohete con sus motores a reacción abriendo anchos surcos sobre la superficie de Urano- los gases desprendidos por la planta industrial de la estación. Pero el hombrecito no había empezado a mostrarse desagradable hasta que Corinne Madison llegó a la estación en calidad de director. Quizás el hombrecito había captado la perturbación del propio Engar ante aquel hecho, ya que Corinne era dos años más joven que Engar, y su historial científico no era mejor que el suyo. Engar acusó durante algún tiempo el golpe que había recibido en su amor propio, y durante aquel

período el hombrecito había empezado a hablar de un modo poco amistoso. Ahora, Engar le miró, preguntándose lo que el uraniano creería que podía hacer contra la tecnología de la Tierra. Nolos estaba agitando las plumas de su cola; los "ojos" de las plumas se hicieron más amplios y más iridiscentes, hasta que brillaron como fuego; luego, el hombrecito los dejó caer, y Engar supo que se disponía a regresar al lugar de donde había llegado. Lo hizo. Engar miró la columna y vio que la decantación estaba casi terminada- su dedo índice se acercó al botón. Cuando volvió a levantar la mirada, el hombrecito había desaparecido. Engar detuvo el decantador, sintiéndose complacido con el funcionamiento de la columna de transformación de iones. El líquido decantado—unos veinte litros—proporcionaría una graduación muy buena de presodimio, una vez destilado, y sería utilizable sin necesidad de un refinado posterior. Examinó las otras columnas, y vio que la número seis no tardaría en estar lista para la decantación. Pero la puerta neumática de la oficina del director susurró, y Corinne Madison salió por ella, andando con un fuerte taconeo.

—Mr. Jarvin—dijo en tono irritado—, no es la primera vez que le advierto que debe comunicarme de antemano que va a ocuparse en una actividad generadora de una intensa radiación.

Engar alzó la mirada hasta ella. Sus cabellos negros resplandecían contra el blanco de su traje sastre, y ella sabía sacar partido de la circunstancia, desde luego...

—¡Mr. Jarvin! —exclamó miss Madison, frunciendo el ceño.—¿Sí, miss Madison? Engar examinó la columna número 6, conectó la célula indicadora y se puso en pie. No podía evitar el ser mucho más alto que miss Madison.

Miss Madison tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarle.

—Sabe usted perfectamente —dijo Engar—que no hay ninguna radiación conectada con las columnas de transformación de iones.

—Sé muchas cosas—replicó miss Madison en tono indignado—, y ninguna de ellas es buena.—Le ruego que las enumere, miss Madison.—Primera: usted dirigió la construcción de toda esta instalación. Segunda: usted diseñó y construyó las columnas de transformación de iones. Tercera: está convencido de su propia importancia en Urano. Cuarta: le fastidió muchísimo que yo llegara aquí como director. Quinta: no me cabe la menor duda de que puede provocar una radiación en esas columnas, si se le antoja. Sexta: es usted demasiado guapo... y además lo sabe. Engar la miró y respiró profundamente. Por un instante estuvo tentado de estrecharla entre sus brazos, pero se contuvo; después de todo, era su jefe, y uno no puede tomarse ciertas libertades con sus jefes... En aquel momento era incapaz de recordar una situación comparable. Miss Madison continuó:—Esta es la tercera vez que las radiaciones han desajustado mi calculador, pero en esta ocasión le he localizado a usted, Mr. Jarvin.—Sostuvo en alto un negativo 5 x 7, con aire triunfal—. Puede comprobarlo usted mismo. Engar echó una ojeada al negativo.—Desde luego, esas rayas parecen radiaciones, miss Madison, pero...—Después de la última vez, cuando se hizo evidente que alguien estaba molestándome de un modo deliberado, empecé a investigar, Mr. Jarvin. Descubrí, entre otras cosas, que usted había confiado en que lo nombrarían director de esta estación.—Pero...—No trate de justificarse —le interrumpió miss Madison—. Estoy convencida de que recurriría usted a cualquier maniobra innoble para echarme de aquí. Y no me cabe duda de que no vacilaría en cerrar este puesto, si pudiera hacerlo, sólo para librarse de mí. Engar empezó a sentirse incómodo.—Tal vez le interese conocer los motivos por los cuales vine a Urano, Mr. Jarvin.—Desde luego—asintió Engar calurosamente—. Una joven sola—y, permítame decirlo, una joven bonita—, solicitando ser enviada a Urano con diecisiete hombres...

Miss Madison enrojeció, y Engar continuó en seguida.—Evidentemente, su conducta está por encima de todo reproche, miss Madison, pero Urano parece una meta muy lejana para una muchacha que procede de Hollywood...

—En primer lugar, sepa que no procedo de Hollywood —replicó vivamente miss Madison—. Investigaba en el campo de la física nuclear en la Universidad de California, y se me ocurrió la idea de un catalizador que transformaría la fisión de la materia en alguna forma de energía, además del calor..., de modo que pudiera ser utilizada directamente como fuente de fuerza motriz. ¿Me sigue usted?—Creo que sí—murmuró Engar, contemplando el movimiento de los expresivos labios de su interlocutora.—Para mí resultaba esencial instalar un laboratorio en algún lugar donde no se produjeran interferencias de las radiaciones originadas en el Sol. Al enterarme de que iba a ser instalada esta planta, solicité un puesto en ella, con la intención de dedicar mi tiempo libre a mi trabajo experimental. Y le aseguro a usted, Mr. Jarvin, que quedé asombrada cuando me nombraron director de la planta. Me dijeron que era el único puesto que me dejaría tiempo para ocuparme de mi otro trabajo. Engar asintió, mirándola.—También quedé asombrada cuando llegué aquí y vi que iba a estar por encima del hombre que había construido la planta; pero supuse que la Junta terrestre sabía lo que se hacía, y empecé a trabajar. Luego se han ido produciendo diversos contratiempos, que han culminado en las radiaciones que me impiden utilizar mi calculador. La última vez que ocurrió, tendí una trampa. Coloqué película sin revelar en varios lugares alrededor de las paredes... y aquí está la prueba. Este negativo se encontraba en el centro de mi pared del lado de usted, Mr. Jarvin. Engar examinó la columna número 11.—Lo siento, miss Madison, pero no sé absolutamente nada de ese asunto—dijo tras una vacilación.—Le ha costado bastante idear esa evasiva—replicó miss Madison.

Engar respondió lentamente-

—Miss Madison, mi tarea está ligada a esas columnas; tengo la obligación de que efectúen el trabajo para el cual fueron diseñadas. Es lo único que me interesa. —Cogió el negativo y lo examinó más de cerca—. Son radiaciones—admitió de nuevo—. Poco intensas para perjudicar a cualquiera que haya sido debidamente inmunizado, desde luego, pero lo suficiente para desajustar su calculador...—Estoy enterada de ese hecho—dijo miss Madison en tono helado—. Lo que deseo saber es lo que va usted a hacer acerca de ello. Engar dijo, sin mucha esperanza—Voy a revisar el laboratorio de transformación de iones, pero no creo que encuentre nada.

—Probablemente, no—dijo miss Madison en tono sarcástico.—¿Por qué no viene y lo comprueba usted misma?

—¿Qué efecto cree que produciría ver a la directora de la estación terrestre en Urano corriendo de un lado para otro con un contador Geiger en busca de radiaciones? Engar dio por sentado que se trataba de una pregunta

—Sólo trataba de ser útil.

Demasiado tarde vio que ella estaba furiosa. ~Qt~ñne ~ mP:~rOn v no retrocedió una pulgada. Sus ojos

—La próxima vez que ocurra esto, Mr. Jarvin, le obligaré a presentar la dimisión.

Engar abrió la boca pero volvió a cerrarla conteniendo su indignación.

—~:ste es un extraño planeta miss Madison —murmuró—. Creo que desconocemos muchas cosas acerca de él.

Miss Madison se limitó a sonreír con ironía sin contestar. Mantuvo los labios fuertemente apretados. Luego giró sobre sus talones y salió de la habitación muy erguida. Engar contempló los colores y los matices de las columnas reflejándose en el

blanco del traje de miss Madison a su paso y se preguntó qué sería lo que desajustaba su calculador.

Volvió a coger el negativo y se sentó. Había numerosas radiaciones: las líneas rectas de los rayos gama; las líneas curvas de las partículas cargadas; la forma borrosa de un átomo atacado por un cosmotrón... Engar frunció el ceño y soltó el negativo. El número 14 estaba dando la señal de alarma. Pensó que los próximos días serían de mucho trabajo para él ya que todas las columnas habían sido cargadas casi al mismo tiempo...

Hasta el día siguiente—un día uraniano naturalmente— Engar no volvió a acordarse del hombrecito verde con las cejas color de rosa: Nolos se había llamado así mismo. Por entonces Engar estaba cansado y soñoliento y no podía pensar con demasiada claridad; pero recordó la advertencia de Nolos, y recordó también el ultimátum de Corinne Madison acerca de las radiaciones. Una cosa era cierta: después de la afirmación de Corinne en el sentido de que le creía capaz de cualquier cosa para librarse de ella no cabía ni pensar en la posibilidad de que accediera a enviar un mensaje sugiriendo el desmantelamiento de la estación...

Dos días más tarde las columnas funcionaban a baja presión a través de las sales de ilinio; Engar empezaba a relajarse cuando el hombrecito verde apareció de nuevo.

—Hola—le saludó Engar—. Me alegro de verte.

—¿De veras? —preguntó Nolos. Sus ojos dorados recorrieron el laboratorio de transformación de iones en una rápida mirada—. Las columnas siguen funcionando—dijo, con su vocecita de pájaro—. ¿He de suponer que la respuesta de la Tierra fue negativa?

Engar tragó saliva y se permitió a sí mismo el lujo de la prevaricación. Después de todo la respuesta hubiera sido la

—Temo que sí—dijo.

La cola de pavo real se abrió y se cerró lentamente pero los dorados ojos del hombrecito no ardieron como habían ardido ~a vez anterior.

—Lo siento—dijo finalmente Nolos—. Nos veremos obligados a gastar una terrible cantidad de energía, los cinco para expulsaros de Urano.

Engar miró al hombrecito; experimentaba una extraña sensación de malestar.

—No comprendo por qué tienes tanto interés en que nos marchemos —dijo—. Sé que hay algunas cosas que no te gustan pero en realidad no estamos causando ningún daño

ni a planeta ni a vosotros.

—Ahora mismo no —admitió Nolos—. Pero ¿qué ocurrirá mañana?

—¿Mañana?

—Ahora queréis prasodimio. Mañana quizás querréis amoniaco. ¿Qué le sucederá entonces a Urano? ¿Acaso la historia de la Tierra no es una sucesión de atropellos por parte de un pueblo que desea lo que otro pueblo posee?

Engar frunció el ceño

—Es cierto que los moradores de la Tierra en conjunto son agresivos. Pero esto es un impulso biológico y no algo que podamos dominar a voluntad. Además muchos de nosotros estamos convencidos de que ese impulso acabará resultando beneficioso para todo el Sistema Solar.

Pero Nolos no parecía interesado en discutir. Desapareció. Dos días después el jefe de las excavadoras, Chuck Delbert, entró en el laboratorio de transformación de iones quitándose los guantes térmicos.

—Mr. Jarvin, pensé que podría interesarle algo que está sucediendo. dado que es usted el elemento más veterano de la estación...

—Estoy interesado en todo lo que suceda por aquí—dijo Engar—. Después de todo, sabemos muy poco acerca de Urano, y siempre que exista una posibilidad de aumentar nuestros conocimientos...

—Bien—dijo Chuck—, lo que sucede es esto: en la capa de amoníaco helado está creciendo hierba.

—¿Hierba?

Chuck movió afirmativamente la cabeza.

—Hierba.

—¿Qué clase de hierba?

—Hierba roja—dijo Chuck.

Engar le miró fijamente.

—¿Roja?

—Compruébelo usted mismo.

Le entregó una brizna de hierba. Era ancha y rugosa. Y de color rojo. Engar la examinó pensativamente.

—No lo entiendo—dijo—. La reacción clorofílica...

—Tampoco yo lo entiendo—dijo Chuck—. Mi tarea consiste en manejar las excavadoras. Pero pensé que le gustaría saberlo.

—Estoy muy interesado—dijo Engar, estudiando la brizna de hierba—. Gracias por habérmela traído. Le agradeceré que me informe de cualquier novedad que se produzca.

Chuck se dirigía ya hacia la puerta, con su campana de plástico debajo del brazo.

—No dejaré de hacerlo, Mr. Jarvin—dijo.

Engar asintió. Estaba ya absorto en la brizna. La examinó con un microscopio, y descubrió que era exactamente igual que cualquier otra brizna de hierba, excepto que era roja. Desde luego, en la Tierra había muchas plantas que en otoño se volvían rojas. Miró el termómetro: la temperatura exterior era de ciento ochenta grados bajo cero. No era una temperatura veraniega, precisamente. Además, la hierba estaba empezando a crecer, y brotaba en una capa de amoníaco helado. Engar dejó la brizna sobre el escabel de porcelana. Su color se hizo más oscuro; empezó a arrugarse. Repentinamente, se encendió y se consumió en una pequeña llama.

Engar asintió. Había esperado que se produciría aquella reacción.

Cogió su cuaderno de apuntes. pero en aquel instante oyó detrás de él una vox irritada.

—Mr. Jarvin, no es usted botánico, ¿verdad?

Engar se volvió hacia Corinne Madison.

—No, no lo soy—dijo.

—Yo, sí —dijo Corinne—. He estudiado botánica. Además, no me gusta que se hagan las cosas a espaldas mías.

—Lo único...

Miss Madison le interrumpió levantando una mano muy pequeña y muy blanca.

—Deme la brizna de hierba, por favor.

Engar se mordió el labio inferior, aunque sin demasiada fuerza.

—Temo que ha llegado usted tarde.

La mano de miss Madison cayó a su costado. Sus ojos llamearon.

—¿Por qué he llegado tarde, Mr. Jarvin?

Engar señaló el escabel y el diminuto montón de cenizas.

Corinne Madison se puso rígida.

—Este es un caso de insubordinación, Mr. Jarvin.

—No cabía esperar que una hierba que sobrevive en el exterior resistiera esta cálida temperatura. Recuerde que hay una diferencia de más de doscientos grados...

—No —replicó miss Madison—, no cabía esperarlo; ni cabía esperar que brotara hierba roja de una capa de amoníaco helado.

Engar murmuró:

—Este es un extraño planeta, miss Madison, y sabemos muy poco...

—Creo que ya me dijo eso en otra ocasión. No quiero tener dificultades con usted, Mr Jarvin. La próxima vez que ocurra una cosa así, espero ser informada antes, no después, de la cremación.

Engar no contestó. No era una situación que se prestara a una respuesta. Si Corinne no tuviera el cutis tan blanco y los cabellos tan negros... suspiró. Luego pensó que probablemente su capacidad de resistencia tendría un límite, y se preguntó si miss Madison no estaría empujándole hacia ese límite...

Dos días más tarde Chuck Delbert entró de nuevo, con una profunda arruga entre los ojos.

—Esa hierba roja—dijo, quitándose la campana de plástico— está espesándose. Toda la llanura exterior esta cubierta de ella.

—¿En qué dirección, Chuck?

—En todas direcciones. He dado una vuelta en trineo alrededor de la cúpula, y todo es una extensión de hierba.

—¿A qué distancia de la cúpula se extiende?

—Hasta más allá del alcance de los faros, Mr. Jarvin.

—Puede ser cosa de la estación del año en que nos encontramos—sugirió Engar.

—El año pasado no apareció.

—No desde luego... Pero en Urano las estaciones pueden ser distintas de un año para otro. Este planeta invierte ochenta y cuatro de nuestros años en girar alrededor del Sol, de modo que las estaciones pueden ser mucho más largas.

—Sí, tal vez. Es curioso—dijo Chuck—. La hierba parece acercarse cada vez más a la cúpula, rodeándola.

—Será cosa de su imaginación.

—No lo creo—dijo Chuck—. Mis profesores dijeron siempre que yo era un individuo sin la menor imaginación.

Aquella noche, cuando las columnas interrumpieron su funcionamiento para un breve descanso, Engar subió al puesto de observación en la parte superior de la cúpula y encendió el potente faro. Taladró la oscuridad uraniana en todas direcciones. En todas partes vio lo mismo: una helada llanura blanca, sin más vegetación que la hierba roja, que a la luz del faro parecía negra, creciendo a doscientos metros de distancia de la cúpula en todas direcciones.

El hecho intrigó a Engar; no sabía qué pensar de ello. La hierba roja parecía un ejército en marcha. La voz de miss Madison, resonando junto a su oído, le hizo dar un respingo.

—Espero que exista una buena razón para que ande jugando con el faro a estas horas, Mr. Jarvin.

Engar se volvió a mirarla. De momento experimentó una sensación de disgusto; pero, al contemplarla, Engar olvidó su enojo.

—No es necesario que afirme constantemente su autoridad sobre mí—dijo en tono amable, y señaló hacia abajo—. No me gusta eso—declaró.

Miss Madison miró a través del pequeño telescopio. Finalmente, anunció:

—Parece ser hierba roja, Mr. Jarvin, pero no creo que exista ningún motivo de preocupación. Después de todo, éste es un extraño planeta, como usted mismo dijo.

Engar sonrió.

—Esas fueron mis palabras, exactamente. Sin embargo queda el asunto del hombrecito verde

—¿El hombrecito qué?

Engar se frotó la barbilla con el dorso de la mano, con la mirada perdida en el espacio iluminado por el faro.

—No le pido a usted que lo crea, miss Madison. Es algo raro.

—Estoy empezando a acostumbrarme a las fantasías—replicó miss Madison.

—El hombrecito con las cejas color de rosa y la cola de pavo real...

Una horrorosa combinación, Mr. Jarvin. —Miss Madison contuvo la sonrisa—. ¿No podría ser que su imaginación le estuviera jugando una mala pasada?

Engar la miró y respiró profundamente.

—Tal vez esté usted en lo cierto; será mejor que no se lo cuente.

—Ha despertado usted mi curiosidad. Continúe. por favor.

—Empezó a aparecer poco después de que aterrizáramos aquí con la primera expedición de material, y suele presentarse una vez a la semana.

—¿Procedente de dónde? ¿De la helada atmósfera exterior?—preguntó miss Madison alegremente.

—Lo ignoro. Dijo que era uranio.

—Ya he notado que habla usted con un ligero acento uranio, Mr. Jarvin.

Engar la miró con el ceño fruncido.

—Si está tratando de irritarme —dijo—, se encuentra más cerca del éxito de lo que cree.

Miss Madison sonrió con picardía.

—¿Qué haría usted, Mr. Jarvin, si yo le irritara?

—Es una pregunta difícil de contestar; no puedo recordar una situación comparable.

—¿Quiere usted decir que nunca ha sido provocado?

Engar respondió, cautelosamente:

—No lo suficiente para obligarme a reaccionar de un modo... desesperado, al menos que yo recuerde.

Miss Madison empezó a bajar la escalerilla. Llevaba una blusa blanca que le sentaba muy bien.

—Ahora, cuénteme algo más de ese hombrecito verde, Mr. Jarvin.

—Estuvo aquí hace cosa de una semana y exigió que abandonáramos la estación —dijo Engar—. Le informé de que no podíamos hacerlo sin una orden de la Tierra. Entonces exigió que enviara un mensaje recabando aquella orden. Luego, usted se puso en plan... agresivo, y decidí que era mejor no mencionarle el asunto.

—¿Y...? —le apremió miss Madison.

—El hombrecito apareció de nuevo, y dijo que tomaría medidas para expulsarnos de Urano.

Miss Madison le contempló pensativamente, como si tratara de decidir si debía creerle. Luego miró las paredes de plástico de la cúpula.

—No creo que esa hierba roja pueda causar ningún daño a la estación—murmuró.

Pero unos días más tarde, la hierba roja brotaba de la capa de amoníaco helado al borde mismo de la cúpula de plástico.

—Lo que no entiendo—dijo miss Madison—es de dónde obtiene el calor necesario para crecer.

Engar dio un paso hacia ella. Cuando no trataba de imponer su autoridad, era adorable. Pero en aquel momento oyó el silbido de la cámara de aire y un instante

después apareció Chuck Delbert. Su entrecejo estaba fruncido, como si tratara de comprender algo que se encontraba más allá de sus posibilidades de comprensión.

—En el exterior están creciendo plantas, Mr. Jarvin —anunció—. Plantas rojas.

—¿Plantas rojas?—preguntó Corinne.

—Sí, miss Madison. Y parecen avanzar en dirección a la cúpula. A un cuarto de milla de distancia sólo empiezan a brotar; pero más lejos parecen tan altas como un hombre. Tienen unas hojas grandes, y de ellas parece desprenderse un brillo dorado.

Engar recordó los ojos del hombrecito.

—Un brillo dorado~..—murmuró pensativamente.

Transcurrida otra semana, pudieron ver las extrañas plantas a la luz del faro desde el observatorio de la cúpula. Había llegado el momento de efectuar una nueva serie de decantaciones de las columnas de transformación de iones, pero Engar prefirió dedicarse a estudiar las plantas con Corinne.

—Cada vez están más cerca—le dijo a miss Madison.

—¿Qué podemos hacer?—preguntó ella en tono preocupado.

—Por ahora, nada—respondió Engar.

Las plantas se acercaron más. Hubiérase dicho que empezaban a florecer. Irradiaban un brillo dorado, y los terrestres no tardaron en descubrir que no podían mirarlas con

fijeza. El brillo era insoportable.

Luego llegó el día en que los hombres de Chuck Delbert salieron a trabajar, dieron una vuelta y regresaron sin poner en funcionamiento las excavadoras.

Corinne encontró a Chuck en la cámara de descompresión.

—¿Por qué han regresado ustedes?—inquirió.

Chuck colocó una cajita negra sobre la mesa.

—Examine este contador, miss Madison; nuestro contrato especifica que no trabajaremos sometidos a radiaciones como ésa.

Corinne examinó el contador y frunció el ceño.

—Desde luego, es más de lo que una persona inmunizada puede soportar; mas de diez röntgens por día.

—Por eso hemos regresado, miss Madison.

—Bien —dijo Corinne—. Tómense un día de descanso.

Engar había estado mirando el contador por encima del hombro de miss Madison.

—¿De dónde procede esa radiación?—preguntó.

Miss Madison miró hacia el exterior.

—De las plantas, supongo. Ese brillo dorado puede ser el indicio de alguna clase de acción nuclear.

Engar estaba observando la columna número ocho con el rabillo del ojo.

—Será mejor que atienda a sus decantaciones, Mr. Jarvin. Yo iré a ver si puedo encontrar la respuesta a esto.

Engar asintió y avanzó hacia las columnas. La franja color salmón no le pareció correcta. Oyó vagamente a través de la puerta abierta de la oficina de miss Madison que ésta ponía en marcha el calculador e inmediatamente profería una exclamación de sorpresa. Pero Engar no disponía de tiempo para investigar lo que había sucedido. El calculador se había desajustado de nuevo, seguramente, pero él tenía que vigilar las franjas de color de la columna número ocho.

La franja color salmón se convirtió repentinamente en una especie de gris pardusco. Engar frunció el ceño y sacudió la cabeza.

Fue en busca de su propio contador. La descarga de gamas estaba por encima de la zona de peligro; la línea de neutrones estaba empezando a ascender. Se dirigió a la

oficina de miss Madison. Ésta no se encontraba allí. La cajita negra reposaba aún sobre su escritorio. Había estado tratando de poner en marcha el calculador, pero un bosque de diminutas luces rojas señalaban que estaba completamente desajustado.

Engar miró a su alrededor. La puerta del armario personal de miss Madison estaba abierta, y su traje espacial había desaparecido. Engar echó a correr. Las grandes bombas estaban funcionando a toda presión, signo evidente de que alguien las había puesto en marcha a fin de eliminar el letal metano cuando se abriera la puerta exterior. Engar golpeó en la pared.

—¡No haga eso!—gritó.

Desde luego, miss Madison no podía oírle. Engar corrió hacia su propio armario y se colocó el traje espacial y la campana de plástico. Vio que la unidad térmica estaba funcionando. La cámara de descompresión estaba vacía: Engar la cerró y puso las bombas en marcha.

Unos instantes después se encontraba fuera. Vio a miss Madison al resplandor de su lámpara de pecho, con la cabeza inclinada contra el fuerte viento, avanzando hacia las plantas rojas. El amoníaco helado era muy resbaladizo, pero Engar se apresuró. La planta más próxima se encontraba a doscientos metros de distancia, y miss Madison estaba a medio camino de allí, una figura pequeña y delgada inclinada contra el viento uraniano. Engar la alcanzó y la cogió del brazo.

—¡Vuelva atrás! —le dijo.

Miss Madison le rechazó con un gesto y le miró a través de la campana de plástico. Surgida por el pequeño aparato emisor del traje espacial, su voz sonó rara y un poco frenética.

—Tengo que lograr un ejemplar de esas plantas—dijo.

Engar sacudió la cabeza.

—Si se acerca usted lo bastante como para tocar una —dijo—, las emanaciones radiactivas la matarán.

Se colocó entre ella y las plantas. Miss Madison miró por encima de su hombro, dio media vuelta y emprendió el regreso a la cúpula. Parecía resignada a su fracaso. Engar se relajó, y en aquel momento miss Madison echó a correr.

Simultáneamente, los focos de la cúpula se encendieron, iluminando toda la zona. Allí estaba el campo de plantas rojas surgiendo de la capa de amoníaco helado, irradiando

aquel intenso brillo dorado. Engar echó a correr detrás de miss Madison, que había conseguido tomarle una delantera de varios metros, aprovechándose de su sorpresa. La cogió en el instante en que se disponía a arrancar una de las hojas de una planta roja. Miss Madison trató de soltarse, pero esta vez Engar la había agarrado con mano firme. Resbalaron y cayeron sobre el hielo, pero él no soltó su presa. Finalmente, Corinne dejó de luchar, aunque estaba tan furiosa que su rostro se había puesto mortalmente pálido. No se resistió a entrar en la cúpula.

Cuando llegaron al laboratorio de transformación de iones, miss Madison se encaró con Engar.

—¿Quiere saber por qué fui allí?—pregunto.

—Desde luego que sí —respondió Engar, fascinado por el brillo de aquellos ojos negros.

—Aquellas plantas—dijo miss Madison—, aquellas plantas rojas deben de tener un catalizador equivalente a la clorofila.

—La clorofila transforma la luz solar en energía vegetal... azúcares, etc.—le recordó Engar.

—Es usted muy listo—replicó miss Madison en tono sarcástico—. Pero da la casualidad de que en Urano apenas se ve la luz del sol. La energía tiene que proceder de otra parte—del amoníaco helado—, y el color rojo indica la presencia de un catalizador que permite a la planta transformar el amoníaco en energía vegetal, como usted la llama.

—El hombrecito verde estaba en lo cierto—dijo Engar tristemente—. En cuanto usted descubra el modo de conseguir eso, la Tierra empezará a arrancar el amoníaco de Urano y a llevárselo.

Chuck Delbert bajó de la torre de observación; al pasar junto a ellos les miró con curiosidad y luego se dirigió hacia los alojamientos de los mecánicos.

Corinne había vuelto a enfurecerse.

—¿Es necesario que adopte usted un punto de vista tan mezquino? Si ese catalizador rojo transforma el amoníaco en energía nuclear, probablemente proporcionará una pista para la reacción inversa... o para cosas tales como transformar directamente la energía nuclear en energía eléctrica, o alguna otra cosa que podamos utilizar. Disponiendo de energía nuclear, podremos utilizar el calor solar. Tiene que existir algún medio para utilizar directamente la energía irradiada... ¡y en aquellas plantas está la respuesta!

—Lo siento —dijo Engar—. No viviría usted más que unos días, en el mejor de los casos, después de tocar una de esas plantas. Aunque la reacción nuclear sea provocada por un trozo de materia del tamaño de una cabeza de alfiler, la radiación sería mortal... y no digamos el calor.

Miss Madison cambió inesperadamente de tono.

—Sabe usted perfectamente —dijo— que esas plantas se están acercando más y más. Sólo es cuestión de tiempo que las radiaciones alcancen a la cúpula, y entonces, ¿cuántas horas cree que podremos resistir? Tendremos que emprender una vergonzosa fuga, perderemos nuestros destinos y quedaremos desacreditados. En cambio, si nos marcháramos con un catalizador como el que contienen esas plantas la situación sería muy distinta.

—Lo siento—dijo Engar—. Para mí también es importante... pero, muertos, ni usted ni yo tendríamos ocasión de interesarnos por nada.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? No podemos detener el avance de esas plantas...

—Sí, creo que podemos.—Abrió uno de los armarios del laboratorio y rebuscó en su interior—. Sí, creo que podemos detenerlas. Debemos detenerlas, si queremos vivir.

Se pasó la media hora siguiente en la torre de observación. Llamó a Chuck Delbert para que le ayudara.

—Haga girar el faro alrededor de la cúpula en todas direcciones—dijo Engar—, como si estuviera rociando aquellas plantas.

—No proyecta ninguna luz—dijo Chuck.

—Se equivoca. Proyecta luz negra: infrarroja. Y creo que podrá localizarla desde aquí. Ahora, manos a la obra. Yo voy a salir al exterior.

Cuando salió de la cúpula, las plantas empezaban a arder. Las grandes hojas brillaron con un fuego azulado que pareció estallar en mil lugares a la vez. La primera planta se incendió. El viento de la explosión casi derribó a Engar, y el calor era muy intenso. Una bola de fuego de color azul naranja ascendió hacia el cielo, para convertirse después en la familiar nube en forma de hongo. Todo en muy pequeña escala, comparado con las explosiones nucleares de la Tierra.

—Es una suerte para nosotros—le dijo Engar a Corinne cuando volvió a entrar en la cúpula—que no haya más que una diminuta partícula de materia en cada planta.

Estaban sentados uno al lado del otro, contemplando a través de la ventana cómo el campo de plantas se disolvía en fuego y humo. Era como un gigantesco castillo de

fuegos artificiales. Al cabo de unas horas, los niveles de radiación habían descendido. Corinne pudo volver a utilizar su calculador, y Engar puso en marcha un decantador en la columna número cinco.

Y entonces apareció de nuevo el hombrecito verde. Sus dorados ojos carecían de brillo, como si el hombrecito estuviera agotado, y la cola de pavo real estaba caída.

—Habéis jugado con ventaja —dijo, con su vocecita de pájaro—. Sois demasiados para nosotros. No somos más que cinco, y hemos utilizado toda nuestra energía para crear el campo de plantas... que vosotros habéis destruido en unas cuantas horas.

—Lo siento—dijo Engar—, pero tenemos que vivir.

—¡Oh! —exclamó una voz femenina, y Corinne se hizo visible detrás de Engar. Engar pudo ver la manga de su blusa de nilón con el rabillo del ojo.

El hombrecito levantó la mirada, pero no desapareció como Engar había temido. Miró a Corinne, y luego a Engar.

—La hembra de la especie, supongo.

Engar encontró la mano de Corinne.

—No te equivocas—dijo calurosamente.

El hombrecito verde suspiró.

—En otros tiempos —dijo—, también nosotros tuvimos hembras; pero ahora sólo quedamos cinco viejos.

—Lo lamento muy de veras—dijo Corinne.

El hombrecito verde la miró. Sus dorados ojos empezaron a brillar.

—No lo lamente—dijo—. He tenido ya una larga vida, y ha sido muy buena. En realidad, nací antes de que los terrestres empezaran a escribir su historia.

~Procuraremos que su planeta no sea expoliado—dijo Corinne afablemente.

—No lo hagáis. No puede lucharse contra las fuerzas evolutivas; ni siquiera puede lucharse contra la fuerza que os empuja al uno en brazos del otro.

Engar miró a Corinne.

—Tal vez esté en lo cierto.

—Tal vez.

Engar miró a su alrededor. El hombrecito verde había desaparecido. Engar se puso en pie. La decantación de la columna número cinco estaba terminada, y volvió a colocar la señal de advertencia.

—Sólo siento una cosa—dijo Corinne—. No haber podido salvar una de aquellas hojas, antes de que Mr. Delbert acabara de exterminarlas.

Engar sonrió.

—¿No te serviría para el caso un poco de hierba roja?

El rostro de Corinne se iluminó

—Sí, desde luego...—Su rostro volvió a ensombrecerse. Pero la hierba roja ardió con las plantas.

—Toda no—dijo Engar—. ¿Recuerdas la hierba que estaba más cerca de la cúpula, antes de que empezaran a brotar las plantas?

—Sí.

—Bien. Mientras Chuck manejaba la lámpara de infrarrojos, salí al exterior y recogí unos cuantos puñados de hierba. Están en la cámara de descompresión.

Corinne levantó la mirada hacia él. Sus ojos negros resplandecían.

—¡Querido mío!—murmuró.

Engar la besó. No podía recordar ninguna situación comparable, pero la besó, de todos modos.